

## Santa Rosa de Lima



30 de agosto de 2024

2Cor 10, 17-11,2

Sal 148

Mt 13, 44-46

P. Eduardo Suanzes, msp

El Reino de Dios no es tanto **lo que hacemos** bajo la inspiración de Dios, **como lo que Dios obra en nosotros con o sin nuestra cooperación: se trata más bien de su irrupción en nuestra vida**. El Reino de Dios es a menudo inquietante, a juzgar por muchas de las parábolas de Jesús. Hoy nos cuenta dos: una acerca de un labriego que estaba excavando en un campo y encontró un tesoro escondido; la otra sobre un comerciante en perlas.

El vocablo tesoro<sup>1</sup> suscita imágenes misteriosas. Leyendas y fábulas giran alrededor de tesoros que desde hace milenios de años yacen en alguna parte, y azuzan la curiosidad y el deseo de aventuras. Los hombres dejan su casa, lo abandonan todo y se ponen a buscar la gran fortuna, se imponen toda clase de privaciones, solamente tienen ante su vista un único objetivo: encontrar el gran tesoro, la mina de oro, el diamante fabuloso, en la esperanza de que entonces toda su vida discurrirá por otros cauces, en la esperanza de liberarse de todas las preocupaciones y molestias que atosigan a los mortales. El gran descubrimiento habrá de cambiar el rumbo de la vida.

La parábola concluye: —Inmediatamente, aquel hombre vendió todo cuanto poseía y compró ese campo. El precio de compra es tan alto, que tiene que arriesgarse todo lo que se posee, por modesto que sea. Se ha de vender todo, hay que entregarlo todo por causa de este valioso objeto. Este tesoro requiere una inversión alta, más aún, una inversión total. Su buena suerte cambió su vida. Ya no sería más un labriego.

Lo primero de todo, el hombre encuentra el tesoro y tiene una oportunidad increíble, de ensueño. El hallazgo del tesoro no es, pues, como en otras variantes, la recompensa al duro trabajo de cavar o a las obras de caridad. No, Jesús dice en la parábola que el tesoro «se encuentra». Así, de pronto, de una forma inesperada. **Es como si el mismo tesoro irrumpiera en la vida** del que estaba por ahí, porque él no estaba buscando ningún tesoro, no había recibido pistas por dónde buscar, no estaba siguiendo ningún plano de minas antiguas: el tesoro se encuentra, irrumpe. No es producto del esfuerzo humano ni de los cálculos previsores: es un don que se da; gratuitamente, al cualquier persona. No es necesario que sea ni pobre, ni rica, que se lo merezca o no: se encuentra. Y este es un primer dato a tener en consideración: **las gracias de Dios son abiertas, sin condiciones, sin responder a méritos, indiscriminadas...**

¿Qué es lo que hace el afortunado? «**Vende todo lo que tiene**». Esta opción no es casual, y se repite en la siguiente parábola. Todo converge hacia ese punto. Por eso el hombre ha de encontrar primero el tesoro y soterrarlo de nuevo. Lo importante para el narrador es **la apuesta decidida** del descubridor, que renuncia «a todo lo demás para adquirir el reino de

---

<sup>1</sup> Cfr. W. TRILLING. *El Evangelio según San Mateo*

los cielos». Es impensable para el narrador de la parábola que el descubridor solo gastase una parte de sus bienes para adquirir el tesoro: lo vende todo<sup>2</sup>.

Es la alegría inmensa de haber encontrado lo increíble, lo que tanto deseas. Esta alegría induce a la inversión inusitada. Ya no se calcula con sobriedad ni se sopesa en frío. En comparación con este tesoro **todo lo demás que se posee es escaso**, su valor no tiene proporción con el tesoro. Las cosas que se tienen, por muchas que sean, se vuelven insignificantes ante el verdadero valor por cuya causa vale la pena vivir<sup>3</sup>. Es el «*solo Dios basta* de Santa Teresa».

En la siguiente parábola, Jesús describe la historia de un hombre que estaba en el negocio de la joyería. Un día éste encuentra una perla de gran valor, entonces va, vende cuanto tiene y adquiere y compra esa perla. Esta compra cambió totalmente su vida, de la misma forma que sucede hoy cuando alguien se saca la lotería y cambia completamente su estilo de vida<sup>4</sup>. Pero la idea de que la perla «se encuentra» también está aquí en el cuento.

Las perlas solían ser importadas de la India; desde la época de Alejandro Magno estuvieron de moda y eran consideradas como el paradigma de lo valioso. El tema del relato es que el negociante de perlas **encuentra una** muy valiosa. Una vez más es la idea del tesoro que **irrumpe** en la vida. El que sea una sola perla no es irrelevante sino algo exigido por lo central de la metáfora: la realidad del reino de Dios. El negociante posee ahora **la única perla por la que lo ha dado todo**. Es lo que interesa al narrador<sup>5</sup>.

El Reino de Dios irrumpe en el curso de nuestras ocupaciones habituales, en nuestra vida ordinaria, queriendo poner patas arriba todo lo que hasta ahora has vivido y cómo lo habías vivido. **La forma como reaccionamos ante esa irrupción, es lo que determina si entramos o no, si pertenecemos o no al Reino de Dios**. La disposición a permitir que Dios transite en nuestras vidas y haga trizas nuestros planes y los tire al cesto de papeles, es el comienzo.

Una vez que hemos hallado «la perla de gran valor», o «el tesoro escondido en un campo», surge un conflicto. Este conflicto se produce entre nuestro deseo de estar abiertos a las continuas intrusiones e invasiones (o como dice San Juan de la Cruz, *embestidas*) del Reino de Dios (sus nuevas irrupciones) y nuestra habitual resistencia a cambiar o ser cambiados.

El amor, antes que emoción y sentimiento, por más gratificantes que éstos sean, **es unión de voluntades**. Por eso, la mejor expresión del primer mandamiento, su parábola por excelencia, son estas dos parábolas de la perla preciosa y del tesoro escondido. Y en ellas se habla de la irrupción, del hallazgo y la «adquisición», la adhesión, con toda la vida, a lo más valioso, digno por eso de ser preferido a todo, y llamado por eso a ocupar en tu corazón el lugar absolutamente preferente<sup>6</sup>.

---

<sup>2</sup> Cfr. ULRICH LUZ. *El evangelio según san Mateo Vol II*. Ed. Sígueme. Salamanca 2001

<sup>3</sup> Cfr. W. TRILLING. *Ibid.*

<sup>4</sup> Cfr. THOMAS KEATING. *Ibid.*

<sup>5</sup> Cfr. ULRICH LUZ. *Ibid.*

<sup>6</sup> Cfr. JUAN MARTÍN VELASCO. *El fenómeno místico*. Ed. Trotta. Madrid 2003

## Rosa de Lima

Finales del siglo XVI. Lima, Perú. En realidad se llamaba Isabel, pero su madre al ver que mientras crecía su rostro lucía sonrosado y mostraba gran belleza, empezó a llamarla Rosa. Toribio de Mogrovejo, el entonces Arzobispo de Lima, tras impartirle el sacramento de la confirmación en 1597 le puso definitivamente el nombre de Rosa, y así se quedó, al principio a regañadientes por parte de ella.

Desde pequeña ayudada por Hernando, uno de sus doce hermanos, jugaba a ser santa, pero lo hacía en serio desde su mente infantil. Fue creciendo y ya de jovencita quería como fuese entrar al convento. Pero un día mientras oraba ante la imagen de la Virgen pidiendo ayuda para decidir si entraba al convento, sintió que no podía levantarse del suelo donde estaba arrodillada. Llamó a su hermano a que le ayudara a levantarse pero él tampoco fue capaz de moverla de allí. Entonces pensó que tal vez ese era un signo de que la voluntad de Dios era otra y le dijo a la Virgen: «—Está bien, desisto». Tan pronto pronunció estas palabras recuperó la movilidad y se pudo levantar del suelo. Eso dice una tradición. Cosas de Dios. También es cierto, que su padre se negó a que entrara al convento. Cosas de los hombres.

Fuera como fuere, fue laica, específicamente una Terciaria en la Orden de Santo Domingo, es decir, una mujer que se vestía con túnica blanca y manto negro, llevaba una vida consagrada a Dios pero en su propia casa. En el jardín de su casa, ayudada siempre por Hernando se construyó una cabaña a modo de ermita y pasaba casi todo el rato allí. Buscó imitar a la más famosa terciaria dominica: Santa Catalina de Siena, que era su modelo.

Rosa salía de su ermita para ir a la iglesia de la Virgen del Rosario en Lima y para atender a enfermos y esclavos. Cuenta una tradición no probada que era acompañada por San Martín de Porres quien se volvió su amigo. Lo que sí es cierto es que Lima era una ciudad pequeña y amurallada por lo que es muy probable que Santa Rosa haya conocido a San Martín de Porres ya que coincidieron en el tiempo.

Los últimos tres años de su vida los pasó ayudando en el servicio del hogar de un empleado del gobierno, cuya esposa le tenía particular cariño. Durante la penosa y larga enfermedad que precedió a su muerte, la oración de la joven era: «—Señor, ayúdame a abrazar la cruz, pero auméntame en la misma medida tu amor». Tenía, 31 años.

En menos de 50 años después de su muerte fue declarada santa para la Iglesia. Antes de ser canonizada por Clemente X en 1671 (la primera santa de América) fue proclamada Patrona del Perú (1669), del Nuevo Mundo y de Filipinas (1670). Solo en Perú hay más de 72 pueblos con su nombre<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Cfr. Seis datos sobre Santa Rosa de Lima. En Redacción Central de [www.aciprensa.com](http://www.aciprensa.com)